

EUTIDEMO

6

EL DISPUTADOR (1)

INTERLOCUTORES

CRITON, SÓCRATES

LUEGO SÓCRATES, EUTIDEMO, DIONISÓDORO, CLINIAS,
CTESIPO

CRIT.—Sócrates, ¿quién era aquel hombre con quien disputabas ayer en el liceo? Me acerqué tanto que pude oírlos, pero era la muchedumbre que os rodeaba, que no pude entender lo que oía vagamente; me levanté entonces sobre la punta de los pies y me pareció que aquel con quien hablabas era un polemista; ¿quién es?

Sóc.—¿De quién quieres hablar, Cri-

(1) La ironía con que Platon combate en este diálogo á los sofistas que pretendían saberlo todo y sus resortes dramáticos, hacen que sea uno de los que le han valido el dictado de primer polemista del mundo.

ton? Porque no estaba conmigo un extranjero, sino dos.

CRI.—Aquel cuyo nombre te preguntó estaba sentado el tercero á la derecha. El hijo de Axioco estaba entre vosotros dos. Le encontré muy crecido y poco más ó ménos de la edad de mi hijo Critóbulo; pero Critóbulo tiene un aspecto más delicado y él era más fuerte, hermoso y de buena presencia.

Sóc.—Aquel cuyo nombre me preguntas se llama Eutidemo; su hermano, que se llama Dionisódoro, estaba á mi izquierda y tomaba tambien parte en la conversacion.

CRI.—No conozco á uno ni á otro, Sócrates.

Sóc.—Son nuevos sofistas, segun parece.

CRI.—¿De qué país son y qué ciencia cultivan?

Sóc.—Sonde la isla de Chios, é iban á establecerse á Turium, pero han huido de ella y han llegado aquí, despues de algunos años. Por lo que respecta á su ciencia, te aseguro, Criton, que es maravillosa, porque lo saben todo. No habia visto perfectos, sino atletas; pero hé aquí gentes que conocen toda clase de luchas, no como los hermanos Acarnanienses, que sólo se dedicaban á los ejercicios del cuerpo; éstos sobresalen desde luego en este género, y com-

baten de modo que vencen á todos sus adversarios; pero además saben servirse de toda clase de armas, y enseñan por dinero á manejarlas á todo el mundo; además son invencibles en materia judicial, y enseñan á pleitear y á componer informes y defensas. Hasta ahora eran solo hábiles en esto; pero hoy tienen el secreto de todas las luchas, y hasta han inventado una nueva en que no hay quien les resista; dígase lo que se diga, verdadero ó falso, lo saben refutar igualmente. Así, Criton, he resuelto ponerme en sus manos, porque prometen hacer á cualquiera, sea quien sea, tan sábio como ellos mismos en su arte, y en poco tiempo.

CRI.—Pero, Sócrates, ¿no te detiene tu edad?

Sóc.—En modo alguno, Criton; y lo que más me anima es que los mismos extranjeros no eran mucho más jóvenes que ahora cuando se dedicaron á esa ciencia de la disputa, porque aún no hace un año que ambos la ignoraban. Todo cuanto temo es que no les dé vergüenza tener un discípulo de mi edad, como le sucede al maestro de Cítara, Conos, hijo de Metrobio, que me dá aún lecciones de música, lo que dá lugar á que todos los chicos, mis compañeros, se burlen de mí, llamando á Co-

nos el pedagogo de los viejos. Temo, pues, que estos extranjeros no me quieran enseñar por recelo de que les suceda lo mismo. Así, Criton, despues de haber decidido á algunos viejos como yo á frecuentar la escuela de música, trato de persuadir á otros á colocarse bajo esta nueva disciplina, y si quieres creerme, vendrás á tu vez. Acaso lleguemos en su día á enseñar á tus hijos y á otros, porque la esperanza de instruir á la juventud, nos proporcionará lecciones.

CRI.—Consiento, Sócrates; pero dime antes lo que enseñan esos extranjeros, á fin de que sepamos lo que hemos de aprender.

Sóc.—No defraudaré tu curiosidad con el pretexto de no poder contestarte por no haberlos oido ó entendido; les he prestado, por el contrario, suma atencion, y no he olvidado nada de cuanto han dicho; voy, pues, á hacerte un relato fiel desde el comienzo hasta el fin.

Estaba, por casualidad, sentado solo en donde me viste, y me disponia á marchar, cuando el signo divino ordinario se manifestó de pronto. Volví á sentarme, pues, y á poco entraron Eutidemo y Dionisódoro, seguidos de muchos jóvenes que tomé por sus discípulos. Se pasearon un poco bajo el pórti-

co, y apenas habian dado dos ó tres vueltas, cuando entró Clinias, ese joven que encuentras, y con razon, demasiado crecido; venia acompañado de un gran número de jóvenes, y entre otros de Ctesipo, joven de buen fondo, aunque un poco extraviado, como sucede frecuentemente á la juventud. Haciéndome visto al entrar, Clinias se acercó á mí y vino á sentarse á mi derecha. Dionisódoro y Eutidemo, que lo vieron, se detuvieron y celebraron entre sí una especie de consejo; de cuándo en cuándo nos miraban, porque yo les observaba cuidadosamente, y por último, se acercaron á nosotros y se sentaron, Eutidemo al lado de Clinias, y Dionisódoro á mi izquierda. Los demás se colocaron como pudieron. Les saludé amigablemente como á gentes á quienes no se ha visto despues de largo tiempo, y volviéndome á Clinias: mira, querido Clinias, le dije, dos hombres, Eutidemo y Dionisódoro, que no se ocupan de bagatelas; tienen un perfecto conocimiento del arte militar, de lo que debe hacerse para guiar un ejército en batalla y mandarle hacer el ejercicio. Enseñan, asimismo, el modo de defenderse en justicia cuando se es atacado. Eutidemo y Dionisódoro experimentaron hácia mí lástima al oirme hablar así, y mirándose uno á otro se echaron

poco por las cosas divinas, pretende la muchedumbre curarle de su locura, y no ve que está inspirado.

Á este punto me proponía llegar con mi discurso sobre la cuarta especie de delirio. Cuando un hombre ve las bellezas terrestres, y se acuerda de la verdadera belleza, su alma recobra sus alas y desea volar; pero, conociendo su impotencia, levanta como el ave sus miradas al cielo; y como descuida los quehaceres mundanos, se ve tratar de insensato. Este es, de todos los entusiasmos, el más magnífico en sus causas y efectos para el que le ha recibido en su corazón y para aquel á quien se comunica; y el hombre que abriga tal deseo y que se apasiona por la belleza recibe el nombre de amante. En efecto, como dejamos dicho, todo espíritu humano debió contemplar necesariamente las esencias; si no, no hubiera podido entrar en el cuerpo humano. Pero los recuerdos de esta contemplación no se despiertan con igual facilidad en todos los espíritus: uno no ha hecho más que entrever las esencias; otro tuvo la desgracia, después de caer á la tierra, de verse arrastrado á la injusticia por sociedades funestas y olvidar los sacrosantos misterios que antes había contemplado. Solamente un pequeño número de almas conserva un recuerdo casi distinto. Cuando estos espíritus ven alguna

imagen de las cosas del cielo, se turban en extremo y no pueden contenerse; pero no saben qué es lo que experimentan, porque sus percepciones no son bastante claras. Porque, en efecto, la justicia, la sabiduría y todos los bienes del alma ya no brillan en sus imágenes terrestres con el antiguo esplendor; la debilidad de nuestros órganos apenas permite á un escaso número de nosotros reconocer ante esas imágenes el modelo que representan. Pudimos contemplar la hermosura radiante cuando, mezclados al coro de los bienaventurados, marchábamos en pos de Júpiter, y las demás almas en pos de los otros dioses; entonces gozábamos del más admirable espectáculo; iniciados en misterios que debemos llamar divinos, los celebrábamos libres de la imperfección y de los males que nos esperaban; se nos admitía á la contemplación de las esencias perfectas, simples, llenas de calma y beatitud, y las visiones irradiaban en el seno de la más pura luz; y entonces también vivíamos puros y libres de esta tumba que llamamos cuerpo, y que llevamos con nosotros como la tortuga lleva su prisión.

Perdóname estos circunloquios ante el recuerdo y al sentimiento de las pasadas grandezas. Entonces la belleza brillaba entre las demás esencias, y en nuestra morada terrestre, donde con su brillo lo oscurece todo, la hemos reconocido por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625

cas á las suyas. Ahora bien; hay muchas cosas que serian muy largas de explicar, pero decidme; ¿os es tan fácil hacer virtuoso á un hombre que duda que pueda enseñarse la virtud y que vosotros seais capaces de enseñarla, como á uno que está persuadido de lo uno y lo otro? Veamos, ¿vuestro arte es capaz de persuadir á un hombre así dispuesto de que la virtud puede ser enseñada y de que vosotros sois para ello los mejores maestros?—Todo esto puede hacerse con nuestro arte, Sócrates, replicó Dionisódoro.—¿Nadie hay, pues, que pueda mejor que vosotros exhortar á los hombres á la filosofía y á la virtud?—Lo creemos al ménos, Sócrates.—Nos hareis ver el resto con el tiempo, pero ahora, ved aquí lo que deseamos: persuadid á este jóven para que se entregue á la filosofía y á la virtud, y nos complacereis, porque todos nos tomamos por él sumo interés, y deseamos que sea lo más honrado posible. Es hijo de Axioco, nieto del viejo Alcibiades y primo de Alcibiades, nuestro contemporáneo, se llama Clinias. Como aún es jóven, tememos que se apodere cualquiera de su ánimo y le haga emprender una ruta peligrosa; de modo que no podíais haber llegado más oportunamente, y si no teneis en ello obstáculo, podeis probar en Clinias y entretenerle

en nuestra presencia. Cuando hube hablado, poco más ó ménos en estos términos, Eutidemo, con ademán altivo y seguro de sí mismo:—Consiento, dijo, una vez que este jóven quiere contestar.—Está ya, dije, acostumbrado; sus compañeros y él se interrogan y discuten con frecuencia, y Clinias no tendrá inconveniente en contestarte.

Pero ¿cómo podré, Criton, referirte lo que sigue? porque no es tarea fácil hacerte un relato fiel de la prodigiosa sabiduría de esos extranjeros; por esto, antes de proseguir mi narracion, preciso es que, á ejemplo de los poetas, invoque á las Musas y á la diosa Mnemósina.—Eutidemo comenzó, pues, así, si mal no recuerdo: los que instruyen, Clinias, ¿son sábios ó ignorantes? El jóven, como si esta pregunta fuera muy difícil, se puso encarnado y me miró lleno de embarazo. Viendo la turbacion que experimentaba, le dije: valor, Clinias, contesta francamente lo que te parezca, que acaso será sólo para tu bien. Entonces Dionisódoro, inclinándose hácia mí y riendo, me dijo muy por lo bajo al oído: Sócrates, conteste lo que conteste, está cogido. Entre tanto Clinias respondió, y no tuve tiempo de advertirle que lo pensase; contestó que eran los sábios los que instruian.—¿Crees que hay maestros, le preguntó

Eutidemo, ó que no los hay?—Confesó que los habia.—¿Los maestros, no son los que instruyen? El gramático, el tocador de laúd, ¿no son tus maestros, y tú y tus compañeros no sois sus discípulos?—Clinias dijo estar de acuerdo.—Pero cuando os instruis, ¿no sabeis aún las cosas en que os instruis?—No, sin duda.—¿No sois, pues, sábios, puesto que ignorais todas estas cosas?—Es claro.—Vosotros, pues, que os instruis en las cosas que no sabeis, ¿os instruis siendo ignorantes?—Es verdad.—Son, pues, los ignorantes los que instruyen y no los sábios, como antes decias. Entonces, todos los partidarios de Eutidemo y Dionisódoro, como movidos por un resorte, prorrumpieron en carcajadas mezcladas con aplausos. Dionisódoro, sin dar á Clinias tiempo de respirar, siguió el discurso de su hermano.—Pero, Clinias, le dijo, cuando vuestro maestro recita alguna cosa, ¿quiénes instruyen, los sábios ó los ignorantes?—Los sábios.—Son, pues, los sábios los que instruyen, y no los ignorantes. Así, no has contestado bien á Eutidemo.

Nuevas carcajadas y nuevos aplausos de los admiradores de la sabiduría de Eutidemo y Dionisódoro. Nosotros, asustados, permanecíamos en silencio. Eutidemo, viendo nuestro asombro, para darnos aún mayor idea de su sa-

biduría, atacó de nuevo al jóven y le preguntó, dando á la misma cosa otro giro, como un hábil bailarín que sabe girar en el mismo sitio: ¿los que aprenden, aprenden lo que saben ó lo que no saben? En seguida Dionisódoro me dijo otra vez al oído: vá á ser cogido como la primera vez.—¡Por Júpiter, le respondí, esta primera interrogacion me ha parecido maravillosa!—Todas las muestras son de la misma naturaleza, añadió.—Hé aquí, le dije, lo que os dá tanta autoridad entre vuestros discípulos. Clinias habia ya respondido á Eutidemo que los que aprendian, aprendian lo que no sabian. Eutidemo dirigió á Clinias sus preguntas ordinarias: ¿sabes las letras? le dijo.—Sí.—Pero ¿las sabes todas?—Todas.—Cuando alguno recita alguna cosa, ¿no recita letras?—Seguramente.—¿Recita, pues, lo que sabes, puesto que sabes todas las letras?—Clinias afirmó.—Y bien, ¿no aprendes lo que te recita, ó bien él no sabe las letras que aprende?—Soy yo quien aprendo.—¿Aprendes, pues, lo que sabes, puesto que sabes todas las letras?—Lo confesó.—No has contestado, pues, bien, añadió Eutidemo.

Apenas habia acabado de hablar, cuando Dionisódoro, tomando la palabra, la emprendió con el pobre muchacho. ¡Ah, Clinias, dijo, Eutidemo, no ha

usado de buena fé contigo. Pero dime, ¿aprender, no es adquirir el conocimiento de la cosa que se aprende?—Sí.—Y saber, ¿no es haber adquirido el conocimiento de esta cosa?—Tambien.—Ignorar una cosa, ¿es no haber adquirido aún su conocimiento?—Sí.—¿Quiénes son los que adquieren una cosa, los que la tienen ó los que no la tienen?—Los que no la tienen.—¿No has dicho que los ignorantes son los que no tienen el conocimiento?—Es verdad.—Los que aprenden, pues, son del número de los que le adquieren y no de los que lo tienen.—Sin duda.—Entonces los que aprenden, Clinias, son los ignorantes y no los sábios.

Eutidemo se preparaba á interrogar nuevamente á Clinias y á proseguir la lucha, pero viéndole anonadado por estos discursos, tuvo piedad de él, y para consolarle, le dije:—No te asombre, Clinias, esta manera de discurrir, á que no estás acostumbrado. Tal vez no comprendas el intento de estos extranjeros: quieren hacer contigo lo que los Corybantes cuando inician á alguno en sus misterios: si has sido admitido, sabrás que comienzan por juegos y danzas. Del mismo modo estos extranjeros danzan y juegan en derredor tuyo, para iniciarte despues. Imagínate, pues, que son estos los preludios de los misterios

de los sofistas, porque, primeramente, como lo ha ordenado Pródico, es preciso saber la propiedad de los nombres. Tú ignoras que *instruir* no es lo mismo que *instruirse*, por más que parezca este un mismo verbo empleado ya como activo, ya como recíproco, no sabias cómo estos extranjeros te han hecho ver que un mismo nombre se atribuye á cosas contrarias, al sábio y al ignorante, asimismo en la segunda cuestion que te han propuesto, te han preguntado si se aprende lo que se sabe ó lo que no se sabe; estos son juegos, y por eso he dicho que jugaban contigo; llamo á esto un juego, porque aún cuando se supiese un gran número de cosas parecidas, aún cuando se supieran todas, no se podría ser más hábil en su conocimiento. A la verdad, podría sorprenderse á la gente con estos equívocos, como hacen los que extienden la pierna para hacer caer á otro ó le separan el asiento cuando vá á sentarse, y se rien con toda su alma cuando le ven por tierra. Todo, pues, cuanto estos extranjeros han dicho hasta aquí, pase como juego. Lo sério vendrá despues, y yo seré entonces el primero en suplicarles que me cumplan su promesa. Porque me han hecho confiar en que me enseñarian el medio de excitar á los hombres á la virtud; pero han

creido oportuno empezar con una tontería. En hora buena, Eutidemo y Dionisodoro, pero no pase de aquí. Venid ahora á la cuestión y llenad el corazón de este jóven del amor á la virtud y á la sabiduría. Permitidme, de todos modos, explicaros ántes mi intencion y las cosas sobre que deseo oiros. No os burleis de mis maneras groseras y ridículas; el deseo que tengo de aprovechar vuestras enseñanzas, basta á embazarme ante vosotros. Tened y tengan vuestros discípulos la paciencia de escucharme sin reir, y tú, hijo de Axioco, respóndeme.

¿Existe alguno que no desee ser dichoso? pero esta pregunta es casi ridícula, porque ¿quién no desea serlo?—Nadie, respondió Clinias.—Y bien, le dije, puesto que todos quieren ser dichosos, ¿cómo podrán serlo? ¿No será poseyendo muchos bienes? ¿no es preciso carecer de sentido comun para negar una cosa tan evidente?—Estoy conforme.—Puesto que esto es así, ¿qué es lo que los hombres llaman bien? ¿es tan difícil de adivinar? Por ejemplo: ¿se dirá que no es un bien el ser rico?—No, seguramente.—La belleza, la salud y otras semejantes perfecciones del cuerpo, ¿no son bienes?—¿Quién lo duda?—¿Qué diremos de la nobleza, del crédito, de los honores en la república? ¿no

los colocaremos tambien en el número de los bienes?—Sin duda.—Además de estos, ¿no hay otros bienes, por ejemplo, la prudencia, la justicia, el valor?—Bienes son.—¿Y la sabiduría, no es un bien?—Seguramente lo es.—Ten cuidado de que no se nos escape bien alguno que sea digno de consideracion.—Me parece que ninguno hemos olvidado.—¡Por Júpiter! exclamé, ¿no hemos olvidado el más grande de todos?—¿Cuál es? preguntó Clinias.—Es, le dije, el acierto en todas las cosas que hasta los más ignorantes reconocen como el soberano bien.—Dices verdad, repuso Clinias.—Reflexionemos sobre lo que acabo de decir. Fácil es que hayamos provocado ya la risa de estos extranjeros.—¿Cómo?—Porque hemos hablado ya de este dón, y hablamos ahora de nuevo.—¿Qué importa?—¿No es ridículo decir dos veces la misma cosa?—¿Por qué dices esto? dijo Clinias.—Porque el dón de acertar y la sabiduría, son la misma cosa, y un niño lo comprenderia. El jóven Clinias, por su poca experiencia, ya estaba sorprendido; lo noté y añadí: ¿no es cierto que los flautistas aciertan mejor que nadie á tocar la flauta?—Sí.—¿No lo es asimismo respecto de los gramáticos en la gramática y en la escritura?—Sí.—Y en la mar, los pilotos más experimentados,

¿no son los que mejor previenen los peligros?—Sin dificultad.—Si quisieras ir á la guerra, ¿no preferirías en el peligro fiarte de un buen capitán á fiarte de uno malo?—¿Quién lo duda?—Y si estuvieras enfermo, ¿llamarías á un médico hábil ó á uno ignorante?—Hábil seguramente.—Es decir, que esperarías mejor éxito de un buen médico, que de un médico que no supiera su oficio?—Sí.—Es, pues, la sabiduría la que hace que los hombres sean dichosos, porque la sabiduría llega siempre á su fin; de otro modo no sería sabiduría. En fin, estamos de acuerdo en que allí donde está la sabiduría, allí está el éxito. Pero ¿hemos dicho que cuando se poseen muchos bienes se vive felizmente?—Lo hemos dicho.—Para vivir felizmente, ¿deben servirnos los bienes de algo ó no servirnos?—Deben servirnos de algo.—Pero ¿nos servirán de algo si nos contentamos con poseerlos y no hacemos de ellos uso alguno? Por ejemplo: ¿de qué serviría poseer una gran cantidad de buenas viandas y de excelente vino á aquel que no pudiera comer ni beber?—Sería para él una provision inútil.—Supongamos que un artesano tiene todas las herramientas necesarias para ejercer su oficio y no las emplea; ¿qué ventaja y bienestar le producen? Pregunto de qué le servirá la simple pose-

sion. Por ejemplo: un carpintero que posea todas las herramientas y la madera necesaria á su trabajo, sin trabajar, ¿en qué le aprovechan?—En nada.—Si un hombre posee grandes riquezas y todos los bienes de que hemos hablado y no osa aprovecharse de ellos, la posesion sola de todos estos bienes, ¿le hará dichoso?—No lo creo así, Sócrates.—Parece, pues, que para ser dichoso no es bastante ser señor de múltiples bienes, sino que es necesario usar de ellos. ¿Para qué poseer sin esto?—Es verdad.—Pero crees que la posesion y el uso de los bienes bastan para ser feliz?—Sí.—¿Sea bueno ó malo el uso que de ellos se haga?—Es preciso hacer de ellos buen uso, dijo Clinias.—Has contestado prudentemente, porque es preferible no usar de un bien, á hacer de él mal uso; lo último es un mal, lo primero ni es mal ni bien. ¿No es esta tu opinion?—Sí, dijo.—Para trabajar bien la madera, ¿se necesita de otro arte que del que tiene el carpintero?—No.—¿No hay tambien un arte que enseña á modelar los metales?—Seguramente.—¿No diremos asimismo que es la ciencia quien enseña á usar bien de los bienes, de la belleza, de la salud, de las riquezas? ¿ó bien es algo que no es la ciencia?—Es la ciencia.—Es, pues, la ciencia, y no el dón de acertar, la que

enseña á los hombres á usar bien de las cosas.—Desde luego.—Pero ¡por Júpiter! ¿se puede poseer útilmente una cosa sin la prudencia y la sabiduría? ¿Quién será más feliz, un hombre que posea mucho pero que no sepa conducirse, ó un hombre que nada tenga ni pueda sino un buen entendimiento? ¿No es cierto que quien obra ménos comete ménos faltas? ¿que el que ménos faltas comete ménos mal experimenta? ¿que el que ménos mal experimenta es ménos desdichado?—Concedido.—Pero ¿quién obra ménos, el rico ó el pobre?—El pobre.—¿El fuerte ó el débil?—El débil.—¿El que disfruta honores ó el que carece de ellos?—El que carece.—¿El hombre instruido y animoso ó el tímido?—El tímido.—Y el negligente, ¿no obra ménos que el activo?—Sí.—¿Y el hombre pesado ménos que el ágil, y el que ve y oye bien ménos que el que ve y oye mal?—Despues que convinimos en todo esto, añadí: de todo este discurso, Clinias, concluimos que todos los bienes que hemos nombrado no son bienes en sí mismos; que, por el contrario, si van unidos á la ignorancia, son peores que los males, sus opuestos, porque suministran más ámplia materia para el mal á aquel que los posee; que si todas estas ventajas van acompañadas de la prudencia y de la sabiduría,

son preferibles á sus males contrarios, pero que en sí misma no deben pasar por malas ni por buenas.—Me parece que tienes razon, dijo Clinias.—¿Qué concluiremos, pues, de todo esto? Que excepto dos cosas, todo lo demás ni es bueno ni malo; que la sabiduría es un bien, y la ignorancia es un mal.—Clinias lo concedió.—Ahora, dije, pase-mos á lo demás. Puesto que todo hombre quiere ser dichoso y para serlo es necesario usar bien de las cosas, consiguiéndose esto con la ciencia, ¿debe-mos ó no esforzarnos en adquirirla y en ser lo más sábios posible?—Está fuera de duda, dijo.—Debemos, pues, creer que nuestros padres, nuestros tutores, nuestros amigos, todos los que bien nos quieren, los que se dicen amigos nuestros, extranjeros ó conciudadanos, no pueden hacernos más rico presente que la sabiduría, que debemos obtener de ellos á fuerza de súplicas é instancias, y que no es vergonzoso comprar un bien tan inapreciable con toda especie de servicios y complacencias honestas. ¿No es esta tu opinion?—Sí, dijo, me parece que tienes razon.—Solo falta examinar si la sabiduría puede enseñarse ó si es un dón fortuito, porque aún no hemos aclarado este punto.—Por mi parte, Sócrates, opino que la sabiduría puede enseñarse.—¡Oh, el más

excelente de los hombres, exclamé encantado, cuánto placer no me proporcionas al resolver tan prontamente la dificultad por mí tan largo tiempo experimentada de si la sabiduría puede enseñarse ó no! Pero, puesto que me aseguras que puede enseñarse y que es la única cosa que hace á los hombres dichosos, ¿no eres de opinion de que debemos aplicarnos por completo á buscarla? ¿No experimentas en tí mismo el deseo de aplicarte á esta empresa?—Sí, dijo, y lo haré tanto cuanto me sea posible.

Satisfecho de esta respuesta, exclamé: Ved aquí, Eutidemo y Dionisódoro, un modelo grosero y difuso de la exhortación á la virtud que me he tomado el trabajo de trazaros. Pero tened uno de vosotros la bondad de reproducirle de un modo más ordenado. Si no quereis tomaros esa pena, suplid, al ménos, lo que falta á mi discurso en provecho de este jóven y enseñadle, si es preciso, que aprenda toda clase de ciencias, ó si sólo de una necesita para ser dichoso y hombre de bien, decidle cuál es esta ciencia; porque, segun ya os he dicho, todos deseamos íntimamente que sea sábio y bueno.

Despues de haber hablado de este modo, Criton, yo esperaba con impaciencia los medios y razonamientos de

que habian de servirse para excitar á Clinias al estudio de la virtud y de la sabiduría. Dionisódoro, el de más años de los dos, tomó el primero la palabra; fijamos todos nuestros ojos en él, persuadidos de que le íbamos á escuchar un discurso maravilloso, en lo que no nos equivocamos. Porque, en verdad, Criton nos dijo cosas admirables y que bien merecen ser contadas; despues de esto, ¿puede no amarse la virtud?

Díme, Sócrates, y vosotros todos los que deseais que este jóven sea virtuoso ¿lo deseais verdaderamente ó lo finjís?—Se me ocurrió entonces que estos extranjeros bien podrian haber creído, cuando les habíamos suplicado que interrogasen á Clinias, que no lo decíamos de todo corazon y que por esto no habian hecho sino pasar el tiempo bromeando. Por esto contesté vivamente á Dionisódoro: Seguramente, de todas veras.—Ten cuidado, Sócrates, replicó Dionisódoro, de no negar pronto lo que al presente afirmas.—Sé lo que digo, contesté, y estoy bien seguro de que no lo he de negar.—¿Qué dices, pues? ¿No deseas que este jóven se haga sábio?—Eso mismo.—Y ahora, ¿Clinias es sábio ó no lo es?—El dice que no lo es aún, porque es un muchacho sin vanidad.—¿Quereis, pues, que Clinias sea sábio y no ignorante?—Sí.—¿Quereis,

pues, que sea lo que no es?—Habiéndome dejado suspenso este razonamiento se apercibió de ello Dionisódoro y se aprovechó para añádir: Puesto que quereis que Clinias no sea lo que es, ¿quereis que no sea vivo? ¡Amigos sois bien extraños, puesto que deseais la muerte de aquel á quien dedicais vuestra amistad!

Aquí Ctesipo, herido en su afecto, dijo: Extranjero de Turium, no sé qué me dice en mi interior que mientes y que nos imputas falsamente el desear lo que es criminal hasta de decir, la muerte de Clinias.—Eutidemo, deteniéndole: ¿Crees, le dijo, que es posible mentir?—Sí, por Júpiter, si no estoy loco.—Pero el que miente, ¿dice la cosa de que se trata ó no la dice?—La dice.—Si dice la cosa, no dice otra cosa de la que dice.—Es claro.—Lo que dice ¿no es una cosa que difiere de todas las demás?—Es cierto.—El que la dice, ¿dice una cosa que es?—Sí.—Pero el que dice lo que es, dice la verdad; así, puesto que Dionisódoro os ha dicho lo que es, ha dicho verdad, y no os ha mentido.—Lo confieso, pero Dionisódoro, hablando como lo hace, no dice lo que es.—Entonces, dijo Dionisódoro, las cosas que no son ¿nada son?—De acuerdo.—Las cosas que nada son ¿no son en modo alguno?—En modo al-

guno.—Pero, ¿es posible que un hombre haga lo que no es de ninguna manera?—No lo creo, dijo Ctesipo.—Cuando los oradores arengan al pueblo, ¿hacen algo?—Hacen alguna cosa.—Sí, pues, hacen alguna cosa, obran.—Sí.—Arengar, ¿es, pues, hacer y obrar?—Sin duda.—Nadie dice, pues, lo que no es, porque haría alguna cosa y me acabas de confesar que nada puede hacerse de lo que no es. Así, según tu propio aserto, nadie puede decir falsedades, y si Dionisódoro ha hablado, ha dicho cosas verdaderas y que son efectivamente.—¡Por Júpiter! respondió Ctesipo; Dionisódoro ha dicho lo que es, pero no lo ha dicho como es.—¿Qué dices, Ctesipo? repitió Dionisódoro, ¿hay gentes que dicen las cosas como son?—Las hay, respondió Ctesipo, y son buenas gentes, gentes verídicas.—Pero, ¿el bien no es bien y el mal no es mal?—Concedido.—¿No dices que las gentes honradas dicen las cosas como son?—Lo digo.—Las gentes honradas dicen, pues, mal el mal, puesto que dicen las cosas tales como son.—Sí, por Júpiter, contestó Ctesipo, y hablan mal de las gentes villanas; por esto, créeme, ten cuidado de no ser de ese número, para que no digan mal de tí. Sabe, en efecto, que los buenos hablan mal de los malos.—Pero, interrumpió Eutidemo, los grandes hombres

hablan grandemente; y los bruscos, bruscamente.—Sí, y los ridículos, ridículamente, replicó Ctesipo; así se dice que sus discursos son ridículos.—¡Oh, oh! Ctesipo, dijo Dionisódoro, esas ya son injurias.—No, me guardaré bien de injuriarlas; te considero, pero te advierto amistosamente que te guardes á tu vez de decir en mi presencia que deseas la muerte de las personas que me son queridas.

Como ví que se acaloraban, dije riendo á Ctesipo: Haz caso omiso, como es tu deber, de lo que estos extranjeros nos dicen, y no disputes con ellos sobre cuestiones de nombre, una vez que quieren hacernos partícipes de su ciencia; ya que saben cambiar á los hombres de modo que de un malvado y de un loco hacen un hombre de bien y un sábio, poco importa que sean ó no autores de esta ciencia admirable. Pasemos, pues, por todo cuanto quieran; que pierdan á Clinias si de este modo han de hacer de él un hombre de bien, y que nos pierdan á nosotros mismos á ese precio. Si vosotros, jóvenes, rehusais prestaros á esta experiencia, que la hagan en mí; un viejo tiene siempre ménos que perder que un jóven; me abandono, pues, á Dionisódoro, como á otra Medea de Colchos. Máteme, hágame cocer, si es preciso, siempre que me haga hombre

de bien.—Otro tanto digo, Sócrates, repuso Ctesipo, me abandono á estos extranjeros; que me degüellen si les acomoda, con tal de que llenen mi piel, no de viento, como la de Marsias, sino de virtud. Dionisódoro cree que estoy encolerizado contra él, y no hay semejanza cosa; no he hecho sino responder á lo que me ha imputado. Pero, por esto, no creo, Dionisódoro, haberte injuriado; hay mucha diferencia entre injuriar y contradecir.—Aquí Dionisódoro tomó la palabra, y dijo: Pero, ¿crees que contradecir es alguna cosa?—¡Ya lo creo! Pero, ¿no lo afirmas tú así?—Te desafío á que me demuestres que has visto alguna vez contradecirse á dos personas.—Conformes.—Pero, veamos si no te lo demuestro yo, Ctesipo, contradiciendo á Dionisódoro.—¿Me prometes demostrarme esto, contestándome?—Seguramente.—¿Se puede hablar de todas las cosas?—Sí.—¿Como son, ó como no son?—Como son.—Porque, si teijas, recordarás que hemos demostrado que nadie dice lo que no es. ¿Cómo decir nada?—Y bien, dijo Ctesipo, ¿esto impide que podamos contradecirnos?—¿Nos contradiríamos si dijésemos los dos la misma cosa, ó bien la diríamos ambos?—Seguramente.—Pero, ¿nos contradecimos cuando ni uno ni otro decimos la cosa como es, ó más

bien, no es esto ignorar ambos lo que decimos?—Concedido.—Pero, cuando digo lo que una cosa es y tú dices otra cosa, ¿nos contradecimos? ó más bien, ¿puede decirse que yo hablo de esta cosa mientras tú no hablas de ella? Quien nada dice, ¿puede contradecir al que dice algo?—Ctesipo permaneció silencioso. Por mi parte, asombrado de lo que oía, ¿qué dices, Dionisódoro? prorumpí; no es esta la primera vez que escucho y admiro un razonamiento semejante. Los discípulos de Protágoras, y áun otros más antiguos que él, se servían de él ordinariamente; es, á lo que parece, maravilloso para destruir todo y destruirse á sí propio. Espero que me enseñarás hoy, mejor que nadie, el secreto. ¿No es tu intencion demostrar que es imposible decir cosas falsas, y que el que habla, si algo dice, tiene que ser verdad?—Dionisódoro lo confesó. Yo añadí: ¿Es decir, que no se pueden decir cosas falsas y sólo sí pensarlas?—Ni pensarlas siquiera, dijo.—¿No existe, pues, falsa opinion?—No existe, contestó.—¿Es decir, que no hay ignorancia ni ignorantes? Porque, si uno pudiera equivocarse, esto sería ignorancia.—Seguramente.—Pero esto no es posible.—No, ciertamente.—Por favor, Dionisódoro, dime si hablas así por burla, para asombrarnos, ó si efec-

tivamente crees que no hay ignorantes en el mundo.—Demuéstrame que me engaño.—¿Cómo refutarte, puesto que dices que nadie se puede equivocar?—No, dijo Eutidemo, nadie.—Por esto, siguió Dionisódoro, no te he dicho que refutases mi error; porque, ¿cómo decir lo que no es?—¡Oh, Eutidemo, respondí, todas estas cosas se me escapan ahora y no las puedo retener, pero comienzo á asirlas! Acaso te haré una súplica exigente, pero dispénsamela: si nadie se puede equivocar, ni tener una falsa opinion; si no hay ignorantes, necesariamente nadie podrá, al obrar, llevar á cabo falta alguna; porque, el que obra, no puede equivocarse en sus acciones. ¿No es esto lo que decís?—Esto mismo.—Ved aquí la cuestion que os voy á proponer: si nadie puede equivocarse, ni en sus acciones, ni en sus palabras, ni en sus pensamientos, ¿qué venís, pues, por Júpiter, á enseñarnos aquí? ¿No os vanagloriábais, hace poco, de saber enseñar la virtud mejor que nadie á todos los que quisieran aprenderla?—Pierdes el juicio, Sócrates, replicó Dionisódoro, quieres objetarnos á lo que hemos dicho hace un año, sin responder á lo que decimos ahora.—No es sin razon; porque son cosas difíciles y dichas por gentes hábiles. Sobre todo, encuentro que no es fácil contestar